

frecuentes aspiraciones piadosas ú oraciones jaculatorias, sacadas de la oracion de la mañana ó de los objetos que se presentaren. A las nueve irá á decir Misa, y en el camino no hablará á nadie, por lo menos de negocios temporales, recogiendo su espíritu y ayudándose con diversas consideraciones y afectos para escitar su piedad con el misterio del altar. Llegado á la sacristía, hará una preparacion fervorosa, pero corta, para no fatigar á los que esperen. Durante la Misa tendrá en el exterior una dulce gravedad, y en el interior una ardiente devocion, y despues de la Misa no dejará nunca la accion de gracias. Los dias que hubiere alguna devocion particular en alguna iglesia, irá á celebrar allí, para que los fieles encuentren en todas partes á su Obispo al frente de todo lo bueno. Dirá todas las partes del Breviario de pié ó de rodillas, las Horas menores en seguida de la oracion, Vísperas, Completas y el Rosario antes de cenar, y Maitines y Laudes por la noche despues de la lectura espiritual. Escogerá el confesor mas capaz que pueda cómodamente tener, y no le cambiará sin necesidad; se confesará con él cada dos ó tres dias, como no ocurra alguna necesidad, y algunas veces en la iglesia, á la vista de todo el mundo, para dar ejemplo. Ayunará todos los viernes y sábados y las vísperas de las fiestas de la Santísima Virgen. Todos los años hará un retiro de ocho ó diez dias, en el cual revisará y se acusará en confesion de sus principales faltas desde el último retiro, y de lo que hubiere faltado á las resoluciones hechas: conferenciará en seguida con su confesor sobre sus malas inclinaciones y las dificultades que su naturaleza ó las circunstancias opongan á sus progresos en la perfeccion. Se entregará cuanto le sea posible á la oracion mental: «Allí es donde se mira el cielo mas de cerca, »y se encuentra la tierra mas lejos de los ojos y del »gusto; allí es donde las almas empleadas en el bien público se forman en su corazon como un gabinete, donde »estudian la ley de su dueño y la reciben de su propia »mano. Ella es aquella montaña tan elevada, donde no se

»oye el ruido de las criaturas, y se gusta cuán dulce y »suave es Dios.» (1) A esta oracion, que será como el fondo de este retiro, unirá muchas oraciones, ofreciendo sus Misas y haciendo que las digan para obtener de Dios las gracias necesarias. Por último, terminará estos piadosos ejercicios renovando las resoluciones anteriormente tomadas, y añadiendo aquellas que la esperiencia le hubiere demostrado ser mas útiles. Este retiro podia hacerse en Carnaval, ó en la semana que precede á Pentecostés.

Tal es la segunda parte del reglamento de San Francisco de Sales que nos ha sido conservada. Es de sentir que no tengamos lo que sigue, que tenia relacion con el gobierno de la diócesis y el modo de conducirse con los pueblos. Lo hizo firmar y aprobar por su director el Padre Forrier, con el fin de consagrarle por la obediencia; y fué en efecto siempre fiel á él, escepto en la designacion de las horas precisas de cada cosa, que debió acomodarse á los deberes de su cargo. «Porque, dice su hermano el »Conde Luis de Sales, la multitud de los negocios le hizo »conocer bien pronto que estos reglamentos detallados no »convienen sino á los que son dueños de su tiempo, y que »para los Obispos, la caridad debe ser una regla soberana (2). Sería sin duda de desear, dice el mismo santo en »una carta al Arzobispo de Bourges (3), que nuestras casas »episcopales se conformaran á este reglamento; pero sé »por esperiencia que es necesario acomodarse á la necesidad de los tiempos, de los lugares y de las circunstancias. No tengo escrúpulo en alterar este reglamento, »cuando el servicio de mis ovejas lo pide: porque entonces »es necesario que la caridad se sobreponga á nuestras inclinaciones. Al hacer este escrito, mi designio no ha sido »ligarme, sino regularme, sin obligarme por eso á ningun »escrúpulo de conciencia; porque Dios me hace la gracia

(1) Carta XLIII.

(2) Casa de Sales, p. 471.

(3) Año Santo de la Visitacion, 15 de diciembre.

»de que ame tanto la libertad de mi espíritu, como aborrezco su licencia. En suma, debemos decir con el gran Obispo de Hippona: *Amor meus, pondus meum*. Mi amor es »la balanza en la cual peso todas las cosas.»

Mientras que el santo prelado se ocupaba así en la soledad, su piadosa madre se ocupaba por su parte en hacer también algunos días de retiro, para disponerse á las gracias que esperaba recibir durante la consagración de su hijo; y concluido su retiro se dedicó á adornar la iglesia parroquial de Thorens, que Francisco había escogido para su consagración, tanto por deferencia al deseo de su familia, como por lograr estar mas tranquilo y recogido en un lugar tan apartado del tumulto del gran mundo. Cubrió con magníficos tapices los muros de esta iglesia tan vasta, que solo en su nave podia contener dos mil personas, y colocó sobre lo alto de la fachada del coro las armas de la casa de Sales, coronadas por una mitra, una cruz de oro, y un sombrero verde con borlas pendientes, con esta inscripción: *Después de largos años, el cielo*. Terminados todos estos preparativos y otros muchos, la augusta ceremonia tuvo lugar el domingo 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, día de gran devoción para el santo prelado desde su mas tierna infancia, pues su alma tan pura se había complacido siempre en el misterio de la pureza de María. Vespasiano Gribaldi, antiguo Arzobispo de Vienne, en el Delfinado, retirado hacia quince años en Evian, á orillas del lago de Ginebra, donde vivía en la práctica de la piedad y de las buenas obras (1), fué el prelado consagrante, teniendo por asistentes á Tomás Pobel, Obispo de Saint-Paul-Trois-Châteaux, que residía cerca de allí, en Bonneville, su patria, y á Jacobo Maistret, nombrado por Gregorio XIII Obispo de Damasco, que vivía retirado en Aix (Saboya) (2). Ha-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. XV, sect. XXXIV.

(2) Este prelado es autor de una obra titulada *Distinctiones bibliorum*, que varios autores han llamado un libro de oro.

biendo los canónigos de la catedral recibido, por medio de su hermano Juan Francisco de Sales, la renuncia de la dignidad de prepósito, diputaron á cuatro de ellos para asistir á la ceremonia, permitiendo á los que quisieran unirse á la diputación, el ausentarse del coro; y para dar mayor realce á la solemnidad, todos los músicos, tanto de la catedral como de la colegiata, se dirigieron al mismo tiempo á Thorens (1).

La ceremonia empezó muy temprano, pero un hecho milagroso vino á interrumpirla, con grande admiración de toda la concurrencia. Mientras que el santo prelado estaba de rodillas, inmóvil por el recogimiento ante el Obispo consagrante, su rostro de repente apareció inflamado y radiante, símbolo de la luz divina que llenaba en aquel momento todo su interior, y que le hizo ver como en un día claro, según lo contó él mismo después, á las tres personas de la Santísima Trinidad consagrándole Pontífice, á la Santísima Virgen cubriéndole con su amor y su protección, y á los apóstoles San Pedro y San Pablo, estando uno á cada lado como sus defensores y apoyos (2). Después de estar así como una media hora en éxtasis sin ningún movimiento, más semejante á un ángel del cielo que á un hombre de la tierra, cayó sin conocimiento, pero se levantó bien pronto con grande admiración de todos, asegurando que había recobrado sus fuerzas, y que podia continuar la consagración. Esta se verificó en efecto; y á medida que el Obispo consagrante iba ejecutando en él las ceremonias exteriores, vió *clara y distintamente*, son sus propias expresiones, á la Santísima Trinidad, obrando en su alma los efectos misteriosos significados por los ritos visibles que ejecutaba el Pontífice (3), confiriéndole con la imposición de las manos el Espíritu Santo con todos sus dones; con la unción de la cabeza la dignidad de representante de Je-

(1) Carlos Aug., p. 276 y sig.

(2) Juan de San Francisco, p. 173.

(3) Carlos Aug., p. 279.—Juan de San Francisco, p. 172.

sucristo en la tierra; con el libro de los Evangelios colocado sobre sus hombros, la mision de predicar la palabra de Dios; con la consagracion de las manos, el poder de ordenar á los sacerdotes, de bendecir, de usar de las llaves y del tesoro de la Iglesia; con la mitra, el deber de regir sus sentidos exteriores y de esplicar los dos Testamentos; con los guantes, la obligacion de las buenas obras; con el anillo, el compromiso de ser fiel á su Iglesia; y por último, con el báculo, el deber de apoyar á los débiles, de corregir á los pecadores, y de atraer al aprisco á las ovejas descarriadas. Durante todo este tiempo, los tres prelados experimentaron, como declararon despues, una abundancia de suavidad interior tal, que les parecia estar en el paraíso (1), pues tan profundo sello imprimia la santidad visiblemente sobre toda la persona del prelado consagrado, ó mas bien, tanto se reflejaba en el exterior la divinidad que obraba invisiblemente en su alma, siendo como un rayo de su presencia. En cuanto á él, correspondiendo á la abundancia de las gracias que recibia, hizo voto de consagrarse enteramente y sin ninguna reserva al servicio de las almas, y de morir por ellas si era necesario. Una gracia particular le hizo conocer que el cielo aceptaba este voto, segun lo escribia mas tarde á la santa madre Chantal (2). «Entonces, dice, me quitó Dios á mí de mí mismo, »para tomarme para sí y darme á los pueblos, para que no »viviese mas que para él y para ellos.»

Consagrado ya Obispo, envió al canónigo Luis de Sales á Ancecy, para que tomara posesion del obispado de Ginebra; y despues de algunos dias pasados en retiro en el castillo de Sales, escogió para hacer su entrada en la ciudad episcopal el 14 de diciembre, porque era sábado, dia consagrado á la Santísima Virgen. «Y tengo mucho consuelo, dice, con que la Santísima Madre del soberano Pastor sea mi introductora en el aprisco de su Hijo.» Una

(1) Dep. de Francisco Favre.

(2) Dep. de la Santa Madre de Chantal.

numerosa nobleza que acudió de los lugares vecinos, le acompañaba como si fuera un triunfador; y cuatro de los principales consejeros, diputados por la ciudad para salir á recibirle, habiéndole encontrado en el camino en el lugar convenido, le condujeron á la capilla de Nuestra Señora de la Piedad, donde todo el mundo le esperaba. Allí, despues de haber hecho su oracion y haberse revestido de sus ornamentos pontificales, se colocó en un sillón en medio del altar, con el rostro vuelto hácia el pueblo, y recibió las felicitaciones, primero de los síndicos de la ciudad, revestidos de sus largas túnicas y con su bastón de ébano en la mano, luego de los diputados del consejo y de la cámara de cuentas, contestando á todas estas felicitaciones con tanta dignidad como suavidad y gracia. Entonces se puso en marcha para entrar en la ciudad, á la cabeza de la procesion. Marchaban de dos en dos los religiosos de diferentes órdenes, capuchinos, franciscanos, dominicos y agustinos; venia luego el administrador con los vicarios de la iglesia parroquial de San Mauricio, y los canónigos de la colegiata; luego el cabildo de la catedral, con toda la pompa de las grandes solemnidades; y luego aparecia el Obispo, que marchaba con una dignidad celestial, bajo un palio que llevaban los síndicos de la ciudad: detras del palio, varios sacerdotes de sobrepelliz y con las mitras en la mano, y eran seguidos de los magistrados, de la nobleza, de los ciudadanos y de una gran multitud de pueblo. Todas las campanas de la ciudad hacian resonar en el aire la alegría pública, y las descargas de mosquetería, mezclando á estos sonidos sublimes sus ruidosas detonaciones, anunciaban á los lugares vecinos el gozo de la ciudad (1).

Llegados á la iglesia de San Francisco que servia de catedral, el nuevo Obispo vió con edificacion dos grandes cuadros con que se habia adornado el frontispicio; uno contenia sus armas, terminadas por una vara y en el estremo de ella un ojo rodeado de rayos, conforme á la vision

(1) Carlos Aug., p. 280 y sig.

del profeta Jeremías, con esta inscripcion: *Pastori excubanti.* (*Al Pastor vigilante.*) El otro representaba á San Pedro con las llaves del cielo, y la inscripcion: *Claudent et aperiunt.* (*Se cierran y se abren.*)

Luego que entró en la iglesia, leyó con no menos edificación todos sus deberes, representados en otros cuatro emblemas que decoraban el púlpito. Eran cuatro manos: una, que parecia salir de las nubes, arrancaba espinas y abrojos; otra, armada de un martillo, demolia una torre; la tercera edificaba una casa; y la cuarta plantaba el olivo y la viña, y al pié de cada mano, estaban escritas las palabras á que estas hacian alusion: *ut evellas, ut destruas, ut aedifices, ut plantes.*

Finalmente, entró en el coro, en cuya nave estaba suspendido un gran cuadro donde se veia á Dios Padre, rodeado de una multitud de ángeles inclinando sus miradas á la tierra, y debajo se leian estas palabras, que el santo pronunció con toda la efusion de su alma: *Fiat manus tua super virum dextere tuae,* es decir: «Que vuestra mano, Señor, sostenga al hombre de vuestra diestra.»

Por último, llegado al santuario se postró ante el Santísimo Sacramento, que adoró algunos instantes, fué á besar el altar, vino luego á sentarse en el trono episcopal, donde tuvo que oír un discurso en su alabanza, que pronunció desde el púlpito el doctor Nouvelles; para conclusion, el canto del *Te Deum* y la bendicion terminaron esta hermosa ceremonia, que colmó de dicha á toda la ciudad (1).

(1) Carlos Aug., p. 281 y sig.—Juan de San Francisco, p. 175.

## LIBRO IV.

Desde el principio de su episcopado en 1602, hasta la fundacion de la orden de la Visitacion en 1610.

### CAPITULO I.

Francisco de Sales organiza su casa episcopal, y continúa como antes su vida apostólica.

(Años 1602 y 1603.)

La impresion tan profunda que habia hecho en el alma de Francisco de Sales la ceremonia de su consagracion, no fué pasajera. Durante cuarenta dias enteros permaneció presente en el fondo de su corazon, siempre igualmente viva y penetrante, sin alterar, sin embargo, esa paz íntima, que es el sello de la accion de Dios en un alma; y como el exterior se modela por el interior, cuyo reflejo es, se notaba en toda su persona una majestad dulce, que movia á la veneracion y al amor, una dignidad en todas sus acciones que demostraba cuánto se respetaba él mismo, y cuánto le confundia la eleccion de su carácter episcopal. No miraba las insignias, sino como emblemas augustos y sagrados, que se consideraba muy indigno de llevar; no las tocaba sino con un sentimiento religioso; á veces le bastaba verlas para abismarse en la humildad mas profunda, ó para elevarse á los mas altos pensamientos (1). A su vista recordaba que no debia vivir sino para Dios y para la Iglesia, y que todos sus momentos eran para las almas que habia tomado á su cargo (2). Habiendo entrado en el episcopado, como los antiguos Padres, despues de haberlo me-

(1) Dep. de la Santa Madre de Chantal, art. 23.

(2) De Cambis, t. I, p. 441.